

Homilía de III Domingo de Pascua

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”

Pautas para la homilía

El Resucitado, modelo de catequista, predicador, misionero

Jesús se cruza en el camino de dos discípulos y se preocupa de su vida y sus discusiones. Les escucha, hace suyos los problemas del otro, y presenta la Palabra de Dios como clave interpretativa de los acontecimientos y el devenir de la historia. No da respuestas fijas, sino que deja paso a que el propio entendimiento de los discípulos lo vaya descubriendo.

No se muestra impositor, sino que se hace el encontradizo. Incluso hace el ademán de querer seguir caminando. Su mensaje es propuesto, no impuesto, y se da con libertad esperando que libremente sea aceptado, sin chantajes, sin presiones.

Acepta la invitación a pasar la noche con los discípulos, propiciando el encuentro cercano con el otro, la experiencia afectiva. Se pasa de un plano intelectual a una experiencia vital, la que se daba en las comidas de Jesús, signos ineludibles del Reino de Dios. Junto con la reflexión teológica, viene el encuentro fraternal y la experiencia de vida y de fe. Y se produce el milagro de la apertura de ojos y del corazón.

Y tras ese proceso, Jesús desaparece físicamente, pero queda presente en sus corazones propiciando un cambio de rumbo en el camino y deja que la experiencia de Él se viva de forma personal, sin coacciones.

Preocupándonos por la vida del otro, podemos descubrir la presencia del Resucitado

Los discípulos de Emaús en su caminar se cruzan con un desconocido que sin haber sido llamado se mete en su conversación y casi de forma impertinente les pregunta por sus discusiones.

Comienzan la conversación con una increpación dando por hecho que el Otro (Jesús) no ha comprendido nada de lo acontecido, “¿eres el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos que allí han ocurrido en estos días?” Pero pronto la conversación se torna al revés y los que parecían instructores se vuelven instruidos. En el compartir ideas y cosmovisiones diferentes aparece un ápice de la Luz de Cristo Resucitado que no se descubrirá en un primer momento, sino se pasa a un plano superior en el que ya no sólo se comparten ideas, sino que surge la preocupación por el otro y la empatía “quédate junto a nosotros que el día ya declina”. Y cuando se comparte el pan y la mesa que sintetizan el encuentro real y verdadero, se hace presente real y verdaderamente el Resucitado. Abriéndonos al diálogo con los otros y preocupándonos y empatizando con ellos, podemos descubrir a Cristo Resucitado.

El encuentro con Jesús Resucitado no puede dejarnos impasibles, genera un movimiento y un cambio

Los discípulos de Emaús manifiestan su desencanto con Jesús como Mesías esperado. Ellos tenían sus propias ideas preconcebidas sobre lo que debía ser el Mesías, sobre la forma de manifestarse Dios y el modo en que iba a liberar a su pueblo. El mismo Pedro tuvo sus conflictos con Jesús por no entender su mesianismo, y éste le tuvo que decir “apártate de mí Satanás, porque piensas como los hombres no como Dios”. Pero el constante seguimiento al Maestro, incluso en los momentos más difíciles, con dudas y traiciones, hacen que al final el diálogo y el esfuerzo personal por el entendimiento den frutos y, tras la frustración y la sensación de fracaso, se produce la chispa y se descubre al Resucitado: “¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” Se descubre ahora el sentido de todo el camino andado, la necesidad del sufrimiento padecido, la importancia de la fidelidad al seguimiento.

Depurada la concepción mesiánica y experimentada la verdadera liberación acontecida en Cristo, Pedro se lanza a la predicación libre y sin límites. Y como él se siente pecador y salvado y ha hecho el camino del diálogo interior y la conversión, invita a todos a disfrutar de esta felicidad de saberse redimido por Cristo, quien nos ha liberado de todo aquello que nos impide descubrirnos a nosotros mismos como humanidad y que nos vela el verdadero rostro de Dios, superando hasta la mayor de las esclavitudes: la muerte.

Los discípulos de Emaús tras la experiencia de haber descubierto la presencia de Jesús Resucitado “regresan a Jerusalén” en busca de Los Once. Todo el evangelio de Lucas es una peregrinación de Cristo hacia Jerusalén. El discípulo de Cristo, tras descubrirle resucitado, regresa “donde las papas queman” que dicen acá en Perú, para desde allí, con la fuerza de la comunidad apostólica, emprender un nuevo caminar.

Hemos sido rescatados no a cualquier precio

No hace muchos años en la amazonía peruana, un niño indígena apto para trabajar en las haciendas heredadas de la época del caucho, costaba un paquete de sal, y un grupo de adultos varones o mujeres, una escopeta Winchester. El rescate que Jesús paga por liberarnos de nuestras esclavitudes es Él mismo. Y lo pagó de una vez para siempre, de modo que ya no son necesarios más sacrificios de expiación. Y lo pagó para que ya no haya más niños esclavos.

Se ha abierto un nuevo camino de encuentro con Dios: cristianizarnos, hacernos “cristos”. Y vincularnos con él en su proyecto del Reino entregando nuestra propia vida en el empeño, sabiendo que el precio ya está pagado y la recompensa asegurada, porque es Dios mismo quien nos sostiene, como sostuvo a Cristo en la Cruz.



Fray David Martínez de Aguirre O.P.
Misión de la Inmaculada Concepción (Kirigueti, Perú)